Artículo inédito escrito el martes 21 de abril de 2009, Buenos Aires.

MUROS

Oscar Oszlak

La polémica erección de un muro de separación entre San Isidro y San Fernando, entre los barrios de La Horqueta y Villa Jardín, encendió en nuestro país una polémica que se renueva cada vez que en alguna parte del mundo, alguien toma la iniciativa de aislar a una población de las consecuencias negativas atribuidas a la convivencia con otros pueblos o grupos sociales.

A través de la historia, los gobiernos de todo signo y geografía han construido muros para contener tanto las amenazas de la naturaleza como las de los propios seres humanos. A veces fueron murallas de contención física del avance de ríos u océanos o de tierras y desiertos. Las inundaciones y huracanes fueron la principal causa para construir barreras que impidieran sus efectos destructivos sobre ciudades y poblaciones costeras. Katrina en Estados Unidos ilustra una extensa lista de desastres ecológicos que los muros no consiguieron contener o, a veces, agravaron sus efectos.

Más variadas han sido las razones para construir muros de contención contra las amenazas -reales o imaginarias- de grupos humanos, en especial, las motivadas por el posible peligro de invasiones de pueblos y ejércitos enemigos. La Gran Muralla, construida durante las sucesivas dinastías imperiales para proteger la frontera norte del Imperio Chino de los ataques de los nómades xiongnu de Mongolia y Manchuria, tuvo ese propósito. De igual manera, como lo ilustra sobradamente la historia, muros de castillos y fortalezas sirvieron como medio de defensa durante las guerras de conquista medievales.

La historia reciente muestra una creciente tendencia de muchos gobiernos a construir otro tipo de muros, cuya intención es impedir el acceso de sectores sociales considerados no merecedores de compartir un espacio territorial y social privilegiado, que se pretende aislar. A veces se trata de combatir la acción del narcotráfico o las oleadas inmigratorias ilegales, como es el caso del Muro fronterizo EE.UU.-México, una muralla física construida por el primero en su frontera Tijuana-San Diego. Otras, de defensa contra la infiltración terrorista desde territorios vecinos, como el llamado Muro del Apartheid erigido por Israel en partes de su frontera con el pueblo palestino. Un similar carácter podría atribuirse al famoso y ya inexistente Muro de Berlín -llamado Muro de Contención Antifascista por el sector oriental y Muro de la Vergüenza, por el lado occidental-, que formó parte de la política aislacionista seguida por la Unión Soviética durante la guerra fría para, entre otras cosas, impedir la huída en masa de la población de la Alemania Oriental hacia el oeste.

A veces los muros tomaron la forma de fosos, como los de los viejos castillos o como la fracasada Zanja de Alsina, que en lugar de una barrera vertical se propuso crear una barrera horizontal, una frontera interior que separara la civilización de la barbarie, pero que en realidad representaba una avanzada para la conquista definitiva para la Argentina, del territorio originario de los indios patagónicos. Metafóricamente, muros y fosos tratan de impedir el salto (o, mejor, el a-salto) en alto o en largo, para tornar inalcanzable las presuntas o reales intenciones de conquista de un enemigo.

No es necesario que el enemigo sea externo ni que la barrera sea física. Existen “muros” naturales, como el Mar Mediterráneo, que contiene en parte la inmigración clandestina africana hacia Europa; o virtuales, como los creados por las tendencias secesionistas intentadas en la Bolivia meridional, la Italia del Norte, la ex Yugoeslavia o la República de Chechenia en Rusia. A veces adoptan la forma de movimientos de liberación, otras se fundan en el integrismo religioso y otras, por fin, se orientan a aislar regiones ricas de su periferia pobre. Son estas últimas las barreras que erigen muchos pueblos para evitar la inseguridad que les crean sus vecinos pobres, seres marginados que luchan por su supervivencia cotidiana, en cuyas barriadas el desempleo y el tráfico de drogas alienta la delincuencia y, por lo tanto, amenazan la vida y la seguridad de los ricos.

Ni los 6400 km. de la Gran Muralla China, ni los 1123 km. previstos para el muro EE.UU.-México, ni los 500 km. de la trinchera de Alsina, ni los 160 km. del Muro de Berlín ni menos aún las pocas cuadras del muro que se pretendió construir en La Horqueta, consiguieron ni conseguirán plenamente su propósito de contención. Todos ellos intentaron o intentan preservar un orden en el que pueda avanzar el progreso, pero un progreso para pocos, que consagra la inequidad e impide la plena incorporación de los pobres a sus beneficios. Los muros son incapaces de mantener este abismo social. La lucha contra la pobreza es más urgente y prioritaria, ya que reduce la delincuencia y, por lo tanto, su combate. El orden fue siempre condición del progreso de los pueblos pero, no puede existir orden duradero sin integración ni equidad. Si ello se alcanzara, los muros perderían su razón de ser.